

zadas sino a ese par de clases indisciplinadas y fogosas de la nación. Y el Corazón ardiente de amor, de paz y de tranquilidad, rodeado de alívolos, no podía significar más que una invitación a esta nueva eucaristía, a este menú cordial, para que la gracia mansa de Jesús inundase las conciencias indispuetas a la magia homeopática.

Los Bassoutas se ungián el estómago con la viscera de sus reyes y sacerdotes ansiando su valor, su fuerza, su coraje y su primacía.

Los Nauzos y los Siux de Nueva Granada, se desbocaban por los corazones del león que tenía el poder, del lobo, la ferocidad; del oso, la tenacidad.

Nosotros los españoles de hoy exaltamos el de Jesús. Y con él la dulzura, la suavidad, el beato frotarse de manos, del sosiego. *Pau, pau y siempre pau.*

Crean por ahí, fuera de España, que somos un pueblo romántico, turbulento, irascible, guerrero y agresivo, que andamos a tiros por las carreteras y las calles de las ciudades. Un industrial amigo mío, ha tenido unos meses sin arreglar una máquina porque el mecánico no se atrevía a entrar en España, temeroso de cualquier grave desgracia.

Un corresponsal francés me contaba hará poco que no se imaginaba desde París a los generales del Directorio tan afables, sencillos y suavemente cortesés.

Ni el mecánico ni el corresponsal francés sabían el ideal religioso que acariciaban oficialmente nuestros representantes gubernativos.

Pau, pau, pau. Unas manos adorablemente acogedoras tendidas sobre el haz de España. Una viscera radiante, nostálgica de reparación. Un ideal de cordicología... ¡Cordicología!

Entramos en la era budhista de España.

En la era más espiritual de España, más inefable, pacífica y dulce de España.

¡Cordicología! ¡Ay de los que huyen de este país que creen tiránico y duro!

¡Cordicología! Lobos en corderos...

Sí, ha llegado en España la era cordicológica, el reinado absoluto del cordero que se presentía desde los tiempos de Calderón.

¡Oh corderos, oh queridos españoles, oh gran pueblo evangelizado hasta el último tuétano, por fin! Perdonadme que en estas líneas haya fijado el apunte de vuestra cordicología. Ese viejo rito del régimen carnívoro que habéis hecho evolucionar en una última instancia decisiva, dictatorial y policromada.

E. GIMÉNEZ CABALLERO

Madrid, 1925.

(De *Alfar*, La Coruña).

ESTE valioso ensayo, honra de nuestras letras latino-americanas llega en hora muy oportuna, precisamente en estos tiempos en que la humanidad está viviendo los resultados de su propia inconciencia de épocas anteriores. Ella misma reconoce que no ha alcanzado su mejoramiento, sólo que hay cierta tendencia a levantar la condición física y espiritual del hombre; nos preocupa algo la urdimbre de la existencia y damos el nombre de destino a todo lo que forma nuestra orientación en este planeta, en un sentido o en otro. Bienvenido este librito que encierra una copiosa meditación, severa y un tanto teñida de pesimismo, sobre las causas que impiden al hombre apoderarse de su propio destino, que tiene en sus manos, y por qué no siente el placer de vivir en un mundo que pareciera para él apropiado. En las páginas 1 y 2 observa cómo nuestros órganos materiales y nuestras condiciones de carácter marcan nuestro destino; nuestra sentencia para la vida se dictó en el seno maternal; es este un aspecto de trascendencia tan cierta que nos confunde en nuestra meditación sobre los orígenes del hombre; el señor Masferrer nos hace ciertas aclaraciones y nos plantea ciertas dudas. El juicio sobre las diferencias características de cada individuo que trae desde que pone su pié en este planeta, y la tendencia evolutiva están bien claros. Es hermoso; un tratado convincente que evita ciertos devaneos que encontramos a menudo en otros.

En algunas de sus páginas, y casi podemos decir que es la tendencia del libro, plantea los rasgos materia-

Al margen de un libro

Ensayo sobre el Destino,
por ALBERTO MASFERRER. San Salvador, 1925.

les y los anímicos que constituyen un agente poderoso y decisivo en la vida integral del individuo. El cuerpo, esta cárcel a la cual todos los espíritus vienen confinados, opone al desenvolvimiento del hombre sus múltiples defectos. El poder del hombre consistirá en apoderarse de las fuerzas que posee y levantarse del cieno a que fué arrojado y luchar lleno de fé contra todo lo que opone resistencia para erigir su arrogante y noble figura espiritual.

«Con todo, llegaremos un día a domeñar a esos carceleros implacables si esforzamos en ello todo nuestro querer y nuestra constancia». Se me figura que es Santa Teresa de Jesús la que habla del hombre superior queriendo pasar por las moradas y libertarse de esta prisión terrestre; porque el hombre debe conquistar su verdadero valor anímico, extirpar sus instintos innobles, elevarse a este nivel superior, sacrificando su naturaleza preñada de defectos.

Da a la mente una influencia tiránica persistente a través de toda la vida del hombre.

Está tratada la paz universal con un espíritu amplio y austero; la humanidad cree que marcha a la perfección; la guerra europea, que aún ha dejado oliendo a pólvora el ambiente, demostró que los hombres no conocen la doctrina del amor, aunque celebren fiestas a la libertad y aunque

hagan ligas protectoras de animales y de plantas.

Es este un tratado filosófico que tiene la característica esencial de ser sincero; ha sido germinado en horas de dolor, y quizá vale más, porque el autor se ha apartado al silencio de su retiro; se ha descentralizado del aro común de la vida social para contemplarla, a semejanza de espectador, como lo hace Ortega y Gasset; ha tenido suficiente tiempo y discernimiento para sentir el dolor que da al hombre su imposibilidad material para luchar con sus ya predestinadas deficiencias físicas y morales. Aunque un tanto radical y severo, es el producto de una madura inteligencia bien acondicionada que guarda los rasgos geniales y es una de las pocas que se desenvuelven sin restricciones ni ficciones. Don Alberto tiene en su mirada y en el repliegue de su labio, el gesto de la amargura que le produce el panorama del universo y tiene su autoridad porque habla a las almas; es quizá uno de los primeros cerebros pensantes que gestan en nuestra América Latina, con las trazas del hombre superior.

H. D. M.

San José de Costa Rica.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443